

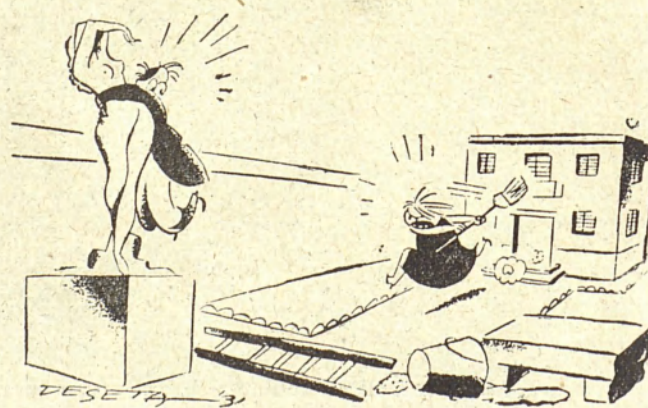
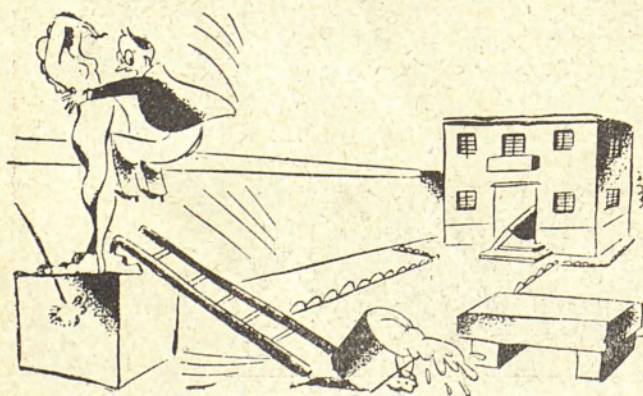
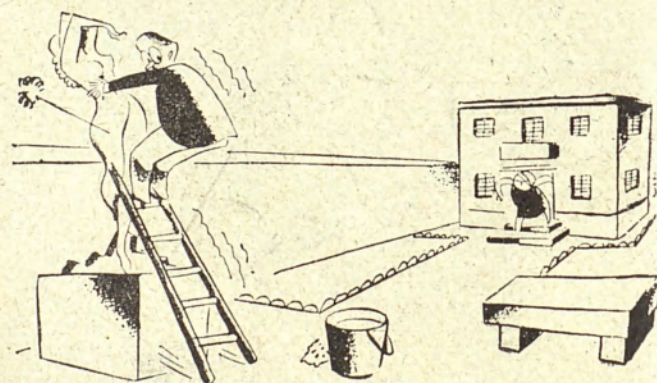
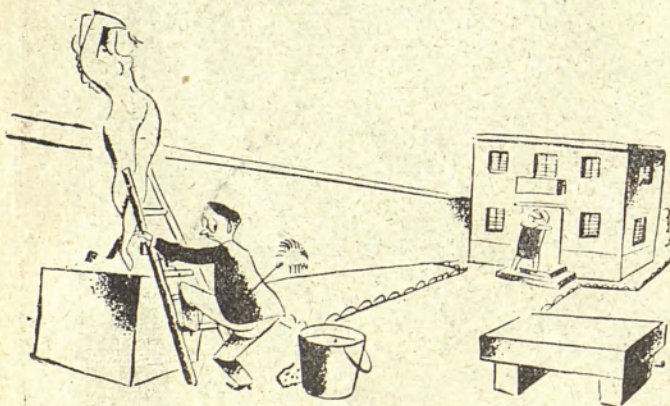
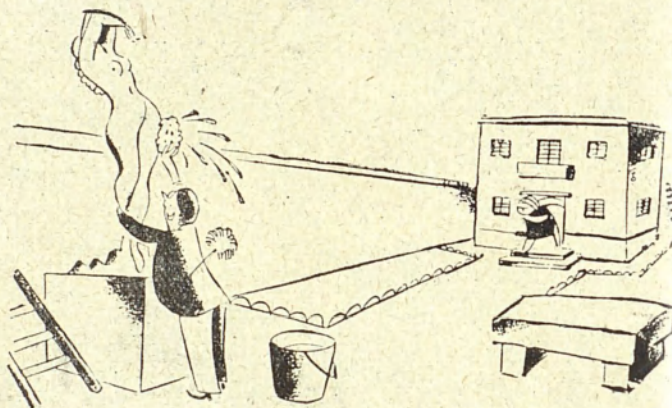
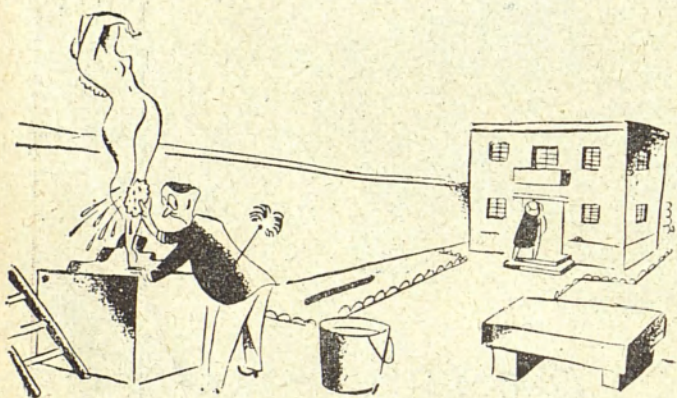
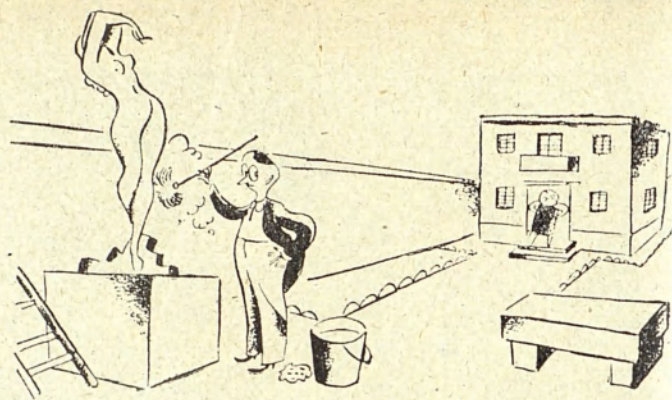
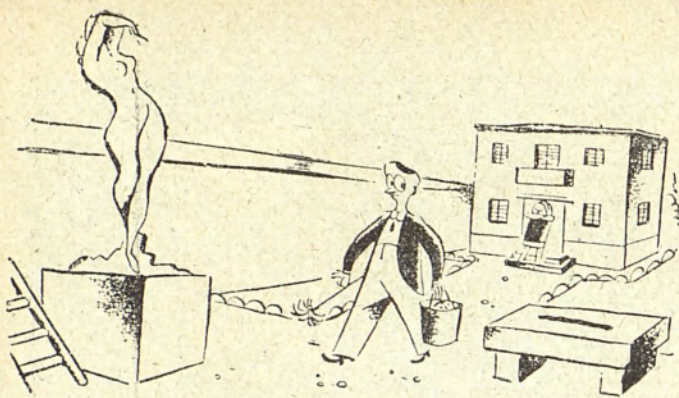


EN EL FONDO DEL MAR

LOS PECES.—Cada vez son más tontos los hombres. ¿Cómo querrán que nos traguemos este anzuelo tan grande?

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA. Madrid.



DRAMAS SIN PALABRAS

(De Il Travaso delle idee.)

Ayuntamiento de Madrid

NUESTROS CONCURSOS EL DEL MES DE NOVIEMBRE

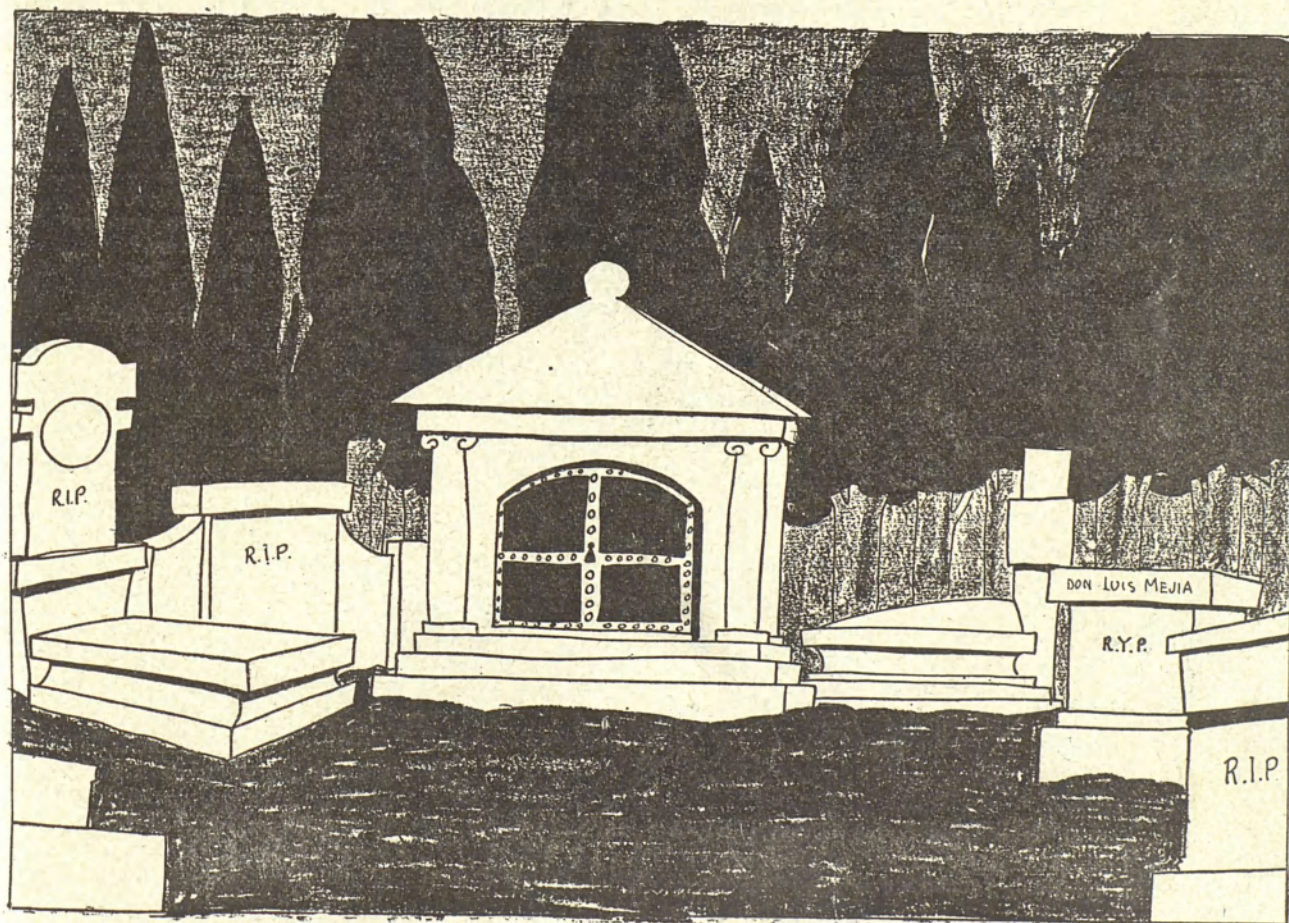
Como estamos en el mes del «Tenorio», de las castañas y de los difuntos, damos un succulento concurso, muy apropiado para estos días. Como verán nuestros caros lectores que se fijen un poco, se trata de la escena «cumbre» del drama del difunto don José Zorrilla, escena que tanto canguelo nos daba de chicos. Pero como habrán observado, el decorado y los personajes—El comendador, Don Juanito, las estatuas y el reloj de arena—se hallan cada uno por su lado. Se trata, pues, de que recorten los antedichos personajes y personajitos y los peguen con goma o con una estaca en su lugar co-

respondiente del negruzco fondo que va en esta página. Al lector que acierte en la distribución adecuada le obsequiaremos con un billete de

CIEN PESETAS

sin estampillar. Conque ¡ánimo y a luchar por los veinte «ojos de buey»!

El plazo de admisión de soluciones termina a las 24 del día 30 del presente mes de noviembre.



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE OCTUBRE

CUARTA LISTA DE SOLUCIONISTAS

Fernando Lumberras, de Tetuán (Marruecos).

Luis Lumberras, de Tetuán (Marruecos).

Dolores Martínez, de Tetuán (Marruecos).

Luis Cordero Fallas, de Valencia.

Narciso Soler Tablada, de Avila.

Gumersindo Seco Pozo, de Olmedo.

Asunción Esteche Parra, de Lugo.

Ricardo Rivero Medina, de Iguña.

Salustiano Buré Lligero, de Ocaña.

Martiniano Casas Mir, de Wamba.

Jacinto Barriga Puig, de Vigo.

Antonio García, de San Sebastián.

Leovigildo Peres, de Gerona.

Félix Martín, de Teruel.

Encarnación López, de La Coruña.

Fernando Menéndez, de Cádiz.

Juan Escartín, de Barcelona.

Sebastián Antúnez, de Madrid.

Enrique Roldán, de Segovia.

P. C. P., de Madrid (dos soluciones).

«El Chevalier español», de Madrid.

José Barahona Sánchez, de Alicante.

Jesús Roldán, de Segovia.

Pilar Martínez, de Reus.

Juan Jiménez, de Palencia.

«Macaco», de Madrid.

Manuel Roig, de Valencia.

Pedro Martín, de Vigo.

Pilar Couceino, de Madrid.

«Perico», de Bilbao.

Petra Sánchez, de Badajoz.

Lucas Hernández, de Melilla.

Felipe Sanjuán, de Vitoria.

Paulino Caudal, de Madrid.

Juan Garcés, de Burgos.

Vicente Martín, de Madrid.

Carlos Rodríguez, de Madrid.

José Rojo, de Toledo.

P. J. C., de Murcia.

Juan Rey, de Cartagena.

Teresita, de Madrid.

Tomás Mejías, de Madrid.

Braulia Gracia, de Madrid.

Carlos Blázquez, de Oviedo.

Benito Fuentes, de Málaga.

R. Ibáñez, de Valencia.

Juan Catalán, de Madrid.

Pero García, de Madrid.

Antonio Palomino, de Madrid.

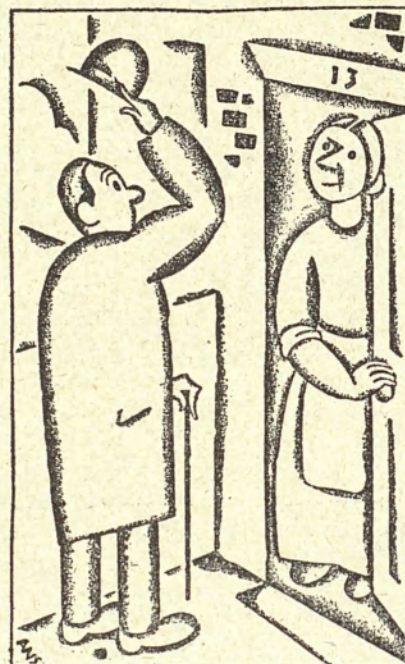


EL COLMO DE LA GALANTERIA

—¿Te he hecho esperar mucho tiempo?

—No, querida; ¡acabo de llegar!

(De Rit-et-Rat.)



—¿Está el señor Porro?

—No; ha ido a un entierro.

—¿Y cuándo volverá?

—Nunca; porque ha ido de muerto.

(De Candide.)

Aniceto López, de Guadalajara.

Pablo Romero, de Santander.

A. Goicoechea, de San Sebastián.

Juanito Lara, de Santoña.

Vicente Sánchez, de Madrid.

Manuel Medrano, de Córdoba.

José González, de Gran Canaria.

Pablo Cantera, de Santa Cruz de Tenerife.

Antonio Cantarero, de Cádiz.

Juan Torená, de Cádiz.

A. U. G., de Jaén.

Pedro Pérez, de Madrid.

E. M. y P. C., de Madrid.

Afonso Martínez, de Madrid.

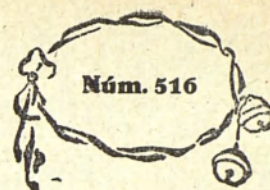
Santiago Álvarez, de Madrid.

Emilio Pérez, de Madrid.

Juan Figueroa, de París.

Miguel Figueroa, de París.

Ramón Rojas, de Madrid.



IDEAS A PERRA GORDA

Todos recordamos bien claramente —¡si era ayer, Señor!—aquel tiempo en que las cuestiones políticas, las cuestiones económicas, y toda clase de cuestiones trascendentales, solemnes y abrumadoras eran tratadas, comentadas y resueltas por los políticos, los sociólogos, los financieros, es decir, por los técnicos y por los profesionales. Eran éstos una minoría de capacidades—a veces no muy capaces—, una secta de elegidos, que trataban de cosas secretas, de problemas tremebundos, de ambientes misteriosos, que, a decir verdad, no interesaban gran cosa al resto de los mortales, que formaban la inmensa mayoría.

Era entonces cuando la gente decía, despreocupada y jovialmente, con algo de desprecio:

—¡Yo no entiendo de política!... Yo no sé lo que es eso, ni me importa.

Y era entonces también cuando los políticos, los sociólogos, los economistas, frente a la ignorancia voluntaria y complacida, al sentirse aislados y solitarios, exclamaban furiosos:

—¡Hay que despertar la conciencia política, la conciencia social del país! ¡Todos deben preocuparse de la solución de los grandes problemas, todos deben aportar su colaboración! ¡La abstención es de una abulia criminal!

Pero la gran masa no les hacía mucho caso, y seguía —intelectuales, clase media, clase humilde—en su dulce y sana despreocupación.

Bruscamente, se suceden rápidos, contundentes, sensacionales acontecimientos y sucesos de importancia trascendental. Y entonces, todos: hombres y mujeres, al-

tos y bajos, feos y guapos, humildes y poderosos, gordos y flacos, se sienten atraídos por la situación y pretenden intervenir activa y furibundamente en la cosa pública: hablan, gritan y proponen...

Ya no hay mayoría neutra y minoría actuante. Ahora todo el mundo entiende y habla de todo. Hay una evidente inflación de estadistas... La conciencia colectiva, quizá porque durmió mucho, se despierta enardecida y agitada. Las discusiones, las controversias, las polémicas surgen en el café, en el tranvía, en la oficina, en el círculo, en el casino. Y se oyen razonamientos brillantes, teorías mag-

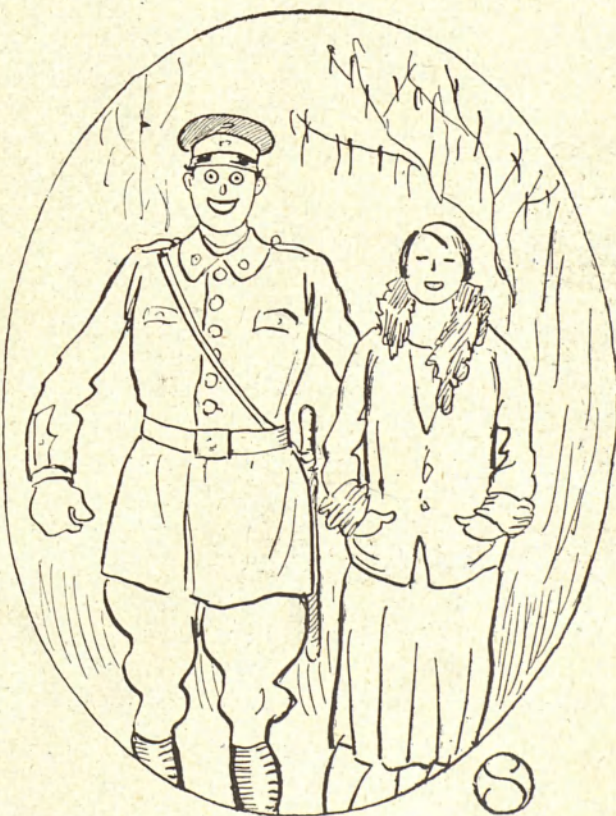
níficas, peroraciones sugestivas, todo un amplio y generoso derroche de ideas y argumentaciones...

¡Caramba, caramba!... ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué ha ocurrido aquí? ¿De dónde ha salido esa enorme montaña de masa gris, encefálica y fosfórica, que se ha ido introduciendo en tanto cerebro, antes de cemento, de aserrín o de aire comprimido? ¿A qué se debe el milagro de que tantos amigos nuestros, tantos conocidos nuestros, que antes tenían limitada su facultad crítica a la apreciación de una faena taurina, o de un cuplé picaresco, o de unas pantorrillas de segunda tiple, hablen ahora, y razonen, y critiquen sobre el Estatuto del Parque del Oeste, el problema agrario y la cuestión de la propiedad? ¡Algunos saben hasta lo que es estabilizar y otros hablan hasta de las dobles!... Saben, hablan y proponen de todo: política, finanzas, sociología, filatelia, numismática...

Pero muy especialmente la cuestión política se la encuentra uno comentada, arreglada y resuelta hasta en las casetas de las castañeras.

Confieso que todo había llegado a quitarme el sueño. ¿Por qué todo el mundo se había vuelto tan listo, tan cultazo, tan elocuente, tan estadista, y yo seguía igual que antes? Decidido a descubrir el misterio, escogí dos tipos representativos de la gran masa, antes abstencionista y ahora entrometida: a López, el oficinista, y a don Evaristo, el rentista.

Convenientemente vigilado, López proyecta el siguiente panorama: A las ocho de la mañana se tira de la



Dib. SILENO. Madrid.

cama, se afeita (cuando le toca), se lava sin demasiada insistencia, desayuna y se va a la calle a las nueve. No ha hablado con nadie en su casa. Parece que va huido. Por la calle camina receloso, mirando a uno y otro lado. Indiscutiblemente, rehuye encuentros. En el tranvía—mejor busca el Metro—va con la mirada perdida hacia adelante, o mirando el suelo. No quiere que sus ojos coincidan con ojos conocidos. Por fin llega ante la oficina, y en el mismo portal compra el periódico, sube rápido las escaleras, saluda imperceptiblemente a los ordenanzas y se encierra en su despacho... Misterio.

Hora y media después sale de allí. Cambiado, transformado, pidiendo pelea. Recorre los pasillos, entra en todos los despachos, detiene a todo el mundo. Con todos discute violento, apasionado, vehemente, elocuente... Si nadie le pregunta nada, él inicia el combate. Y siempre sobre candentes temas políticos sobre los cuales siempre tiene una idea original, una solución inédita.

—¿Han visto ustedes lo de ayer?...

¡Oh, tremendo, tremendo!... Esto lo arreglaba yo así y así... No hay derecho a que Fulano haga esto, ni Mengano lo otro... Porque... ¿Es que no saben ustedes lo que hay de verdad en el fondo de ese asunto?... Yo..., que sé algo de esto... Unas Cortes Constituyentes, como decía Pirinidosky...

Y así sigue, habla, discute, grita; todo pasa por allí: problema económico, agrario, de propiedad, religioso, de enseñanza... Y panorama universal después del nacional. Y toda la oficina es una grillera. Porque toda la oficina está llena de *Lópezes*, y todos, después de pasar por los mismos misterios de López, han sufrido también la transformación de López. Todos estadistas.

Don Evaristo, él, como repugnante rentista que es, no tiene que ir a la oficina, y se levanta tarde. Pero, a prima hora, en su casa, desarrolla el mismo misterio que López en la calle. A las diez o diez y media sale de su cuarto con una bata muy bonita y un gorrito de retirado. Pide casi por señas el chocolate; no ha-

bla ni con su mujer, ni con sus hijos. Luego recoge el periódico que le han echado por debajo de la puerta, y advierte a la criada muy insistentemente que no está para nadie, ni para el teléfono. Después se encierra en su despacho. Y también, como López, sale a las dos horas transformado.

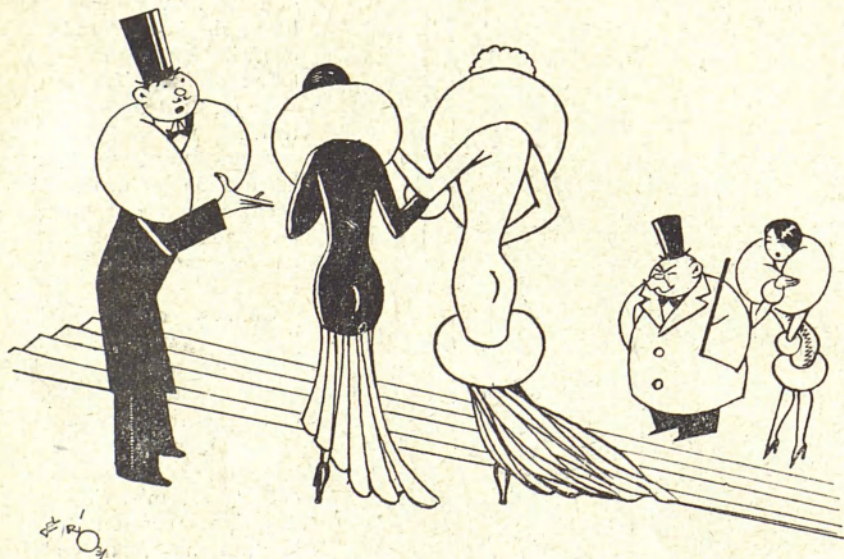
—A ver. ¿No ha venido nadie a verme? Ya puede pasar todo el que sea...

Luego habla con la criada del artículo 24 y con su mujer del divorcio, y con sus hijos de la investigación de la paternidad. Más tarde se lanza a la calle, discute con el portero, desarrolla una interpelación ante el cobrador del tranvía y demás ocupantes de la plataforma posterior y acaba, ante un vermut, en cualquier casino o círculo, en medio de una tremenda discusión apasionada.

¿Qué le ha pasado a López? ¿Qué le ha pasado a don Evaristo? Muy sencillo. López—todos los López—y don Evaristo—todos los don Evaristo—han leído el periódico!...

Yo, que les he oído muchas veces, os juro que párrafos enteros de sus disertaciones estaban en el artículo de fondo de su periódico. Por eso ellos no pueden caminar por el mundo de la polémica, de la controversia, del ingenio y de la idea rápida y pronta más que después de leer el periódico. El periódico les nutre el cerebro como el chocolate llena su estómago... Los alimenta justo lo suficiente para poder andar entre otros López y otros don Evaristo hasta que sale el periódico de la noche... Pero por la mañana, al levantarse, están en ayunas... Por eso huyen y se ocultan. A esa hora aun no han sorbido con la pajita de su ignorancia, de su abulia y de su cretinismo toda la tinta fresca del periódico, aun no lo han estrujado bien entre sus sesos huecos, aun no se lo han aprendido de memoria, aun no han llenado todos los vacíos de su alma gris con el torrente cálido, abundante, eficaz de tantas y tantas ideas por una perra gorda...

Por todo esto hay muchas bajas por enfermo en la oficina y muchos claros y silencios en los casinos y círculos ese día desventurado que sigue al domingo radiante, ese pobre lunes sin periódicos...



Ellas.—Hacia mucho tiempo que no le veíamos. ¿Ha estado escribiendo algún libro?

El escritor.—No; he estado unos días enfermo.

Ellas.—¡Ah! Menos mal.

Dib. DEL RÍO. Barcelona

GABRIEL GREINER.

¡RECONTRASUPERSTICION!

En no sé qué periódico he leído que un señor estrambótico, que atiende por don F. G. P., y una muchacha (P. T.) que no es raro que le *pete*, se proponen unirse en santo lazo, por capricho especial, el martes trece de un mes próximo... Sí; y además de eso, con el fin de probar ante la gente que no es supersticioso, en raro alarde quiere el novio que el acto se celebre, como sitio agradable, en la capilla del cementerio popular del Este. Por capricho también, ha de casarles el capellán del postrimero albergue municipal, actuando de padrino del *duelo* conyugal el buen conserje del citado *almacén*. ¡Qué *calavera* debió de ser el novio, cuando tiene tan macabros caprichos!... Mas lo cierto es que en un par de días se ha hecho célebre.

No le falta a ese novio extravagante, del cual hablan hoy tanto los papeles, más que un nuevo detalle, que podría completar el programa. —¿Cuál? —Presente.

«El día de la boda, todo pollo, cordero, langostino o salmonete que figure en la clásica comida, muerto lo han de servir precisamente.»

¡Dios quiera que tras esto no concluyan a tiros ambos cónyuges en breve, y el cura y el padrino en sus dominios les tengan que dar casa para siempre!

Y quién sabe si el novio caprichoso, para el día inseguro de su muerte, hará, como contraste, un testamento disponiendo del modo más solemne que se vista de rojo la familia, que en un baile de máscaras lo entierren, que amenicen su misa con bandurrias ¡y a su tumba la pongan cascabeles!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



—Se casa con uno de los Palacios, esos muchachos tan adinerados.

—¡Ah! Pero ¿esa familia tiene...?

—¡¡Hombre! los palacios siempre han tenido fama de ricos!!

Dib. CASERO, Madrid.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

ESTRENO DE UNA OBRA... DE ALBAÑILERÍA

En esta semana tenemos que dar importancia excepcional al estreno de una obra, también excepcional. La obra no es dramática; es de albañilería. Pero eso es precisamente lo que da valor al caso. Las obras de albañilería las presenta y dirige un arquitecto y las hace un maestro de obras. Las obras dramáticas no siempre, ni con mucho, están hechas por ningún maestro de obras: peón todo lo más; maestro en saber dar vueltas a lo mismo sin caerse.

La cuestión es que en esta semana, en vez de estrenarse una obra de teatro se ha estrenado un teatro que estaba en obra desde hacía mucho tiempo sin que se acabara nunca.

Ahora, ya acabado, hemos podido ver que era, en efecto, una obra acabadísima y cuidada como pocas, como pocas de las que habrán de representarse en el escenario, si Dios no lo remedia. El autor, López Degado, hila ídem y el Sr. Anabitarte, dueño del inmueble, puede estar satisfecho:

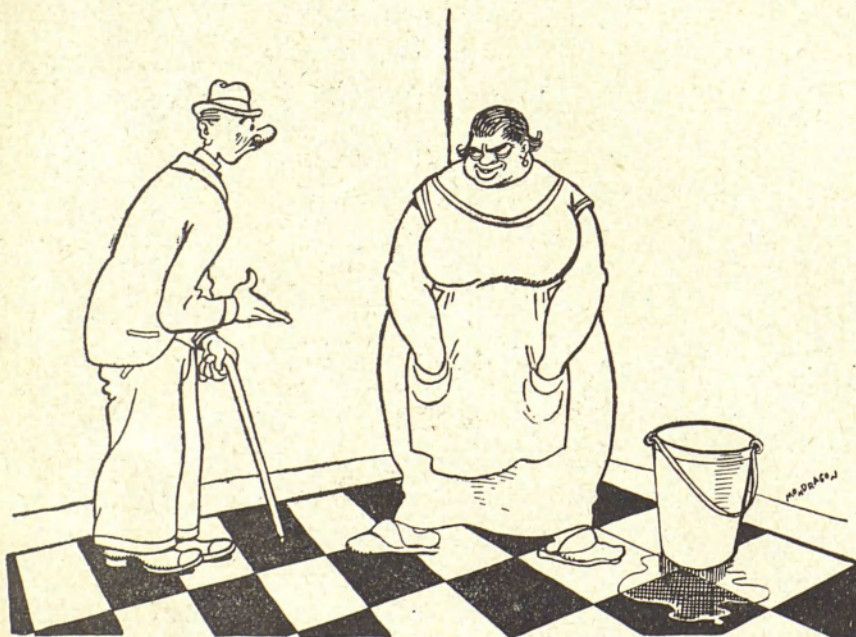
Figaro, el Teatro *Figaro*, es, arquitectónicamente, único en Madrid. Su traza, y todo él, a la europea, está cuidadísimo y logrado: la entonación, las calidades y las pinturas de Ponice de León están concebidas con la intención de que el público se vaya acostumbrando durante los entreactos, si no puede durante la representación, a un arte consciente y limpio.

Por qué se ha llamado *Figaro* al teatro, es algo que nos explicaron la otra tarde diez ingenios, todos ellos con fortuna. Los Quintero especialmente, dedicaron un pasillo de comedia a vulgarizar, comentar e interpretar—con su discreción y gracejo peculiares—cómo era preferible que el teatro se llamara de ese modo, en vez de llamarse de Lope, o de Tirso, o de cualquier otra cosa.

Ciertamente nada mejor ni más propio que el nombre del barbero de Sevilla para bautizar a un teatro. El barbero se dedicaba a inventar trapacerías, a fin de engañar a la gente y hacer que todo ello parase, por fin, en boda y saliera él, el autor de las farsas, ganancioso. No se hace otra cosa en el teatro: se sienta al paciente en una butaca, se le habla, a la manera barberil, de mil cosas que nada le importan, se le da jabón y... se le apura y cobra, mientras acaba en boda la función y se embolsa los cuartos el albéitar.

Pero el nombre del teatro se ha dado, sobre todo, en recuerdo y en honor de Larra, el escritor español del siglo XIX que adoptó el pseudónimo de «Figaro» y que, puesto en el dilema de seguir escribiendo o de morir, no dudó y se pegó un tiro. ¡Qué talento el de aquel hombre!...

Hay compañeros de Prensa a quienes les ha extrañado que el nombre de un teatro construido en estilo de



—¿Sigue sin trabajo su esposo?
—No señor, le han condenado a diez años de trabajos forzados.

Dib. MONDRAGÓN, Barcelona.

vanguardia lleve un nombre antiguo y perteneciente a un siglo en el que predominaban sentimientos que no van, ni por el forro, con los sentimientos de ahora.

Nosotros escribimos ayer, para otro periódico, un artículo en el que decíamos que estos compañeros en la Prensa no tenían razón al pensar de esa manera. Ahora vamos a escribir aquí lo contrario y vamos a dar la razón a nuestros queridos compañeros.

Sí, queridos compañeros; representar en aquel teatro con levitín y miñaque y chaletos de brocados y versos de amargura y sepultura y esa altura por donde los astros, etc., es como poner una butaca de peluche, y una portiere con borlas, o madroños y unas flores de porcelana con fanal en pleno cuarto de baño.

Figaro... romanticismo... desesperación de Werther... ¡En estos tiempos!... Pero ¡hombre! ¡Romanticismo en los tiempos de materialismo histórico—no sólo materialismo, sino histórico!—; pistoletazos por amor ahora que no basta el divorcio, sino que se inicia ya lo de los matrimonios a prueba; homenajes ahora a barberos, sean o no de Sevilla, en estos tiempos que corremos—que corremos a la «Trágala»—; en estos tiempos de ahora en que se afeita cada cual con maquinilla y no van al peluquero más que las señoras!... Ahora como hable usted de Werther ya puede usted estar seguro de lo que va a contestarle el interlocutor: «¡M'alegro de Werther bueno!»...

¿Cómo poder salir en estos tiempos con el verso «retrospectivo» de «Si hay un Dios tras esa altura por donde los astros van»?... Hoy es posible—eso sí—demostrar que hay Dios, desde luego; no hay más que fijarse un poco en lo mucho que le acosan y persiguen los de enfrente; pero, fuera de eso, no es posible hablar ya de que haya altura, ni astros, ni de que vayan o no vayan...

Ahora que el tiempo y los metros de medir se estiran y se encogen a cada paso—al decir de la teoría de la relatividad—, según que el paso sea para acá o sea para allá... Ahora, que una hora tiene un cuarto de hora de más o veinte minutos de menos, según que vaya usted del Este al Oeste, o al contrario..., ¿cómo vamos a saber dónde está o no está la altura; qué es lo de arriba y qué es lo de abajo... y los astros?... ¿van?... ¿No van?... Ahora no se sabe si el que se mueve es usted o lo que le rodea o ni lo uno ni lo otro...

Pero, en cambio, no vayamos a creernos que se puede ser escéptico y no creer en nada como en los tiempos

de «Figaro»... ¡Cá, cá!... Antes había quien dudaba del cielo, del azul y hasta del universo... Ahora, en cambio, creemos que hasta el espacio tiene más de tres dimensiones y que tal vez haya por ahí mundos y seres lo mismo de dos dimensiones—extraplanos— que de n dimensiones...

En fin, todo lo contrario de lo que se creía hace un siglo... Si hay dos épocas opuestas, antagónicas del todo, son las que van vinculadas a las dos fechas que el otro día se opusieron, entre la sala y la escena, en el teatro madrileño: 1830-1930.

Ya Fernández Flórez dijo—con tanta inteligencia como gracia—observaciones pertinentes y oportunas en este mismo sentido... ¡Humorista había de ser, para no estar en lo cierto!...

Pero una vez demostrado lo anterior, vamos a demostrar ahora lo contrario: hay múltiples razones para demostrar que el estilo vanguardista del teatro es perfectamente compatible con el nombre y el recuerdo tanto de Larra como del barbero de Sevilla,



—Don Bruno: ¿Qué es la hulla blanca?
—El agua.
—Entonces ¿la hulla negra?
—Pues... el vino tinto.

Dib. KIFF. Madrid.

¿Quiénes sino los barberos han adoptado en seguida los muebles de cristal y de níquel y todo el estilo aséptico del decorado moderno? Ellos se han puesto en la moda antes que nadie.

Y «Figaro», nuestro Larra, si fué romántico entonces y se suicidó ¿por qué fué sino por ir a la moda? Ahora se lleva en la cabeza la ondulación permanente; antes se llevaba un tiro en la cabeza... «Figaro» era un dandy y el verdadero dandy no repara con tal de ser *comm'il faut*. Si para ser elegante hay que dejar de ser..., se deja de ser en seguida. «Figaro» en el día de hoy vendería sus crónicas por palabras a una Agencia Internacional y no se pegaría un balazo como no fuera para realizar algún pingüe negocio con alguna Compañía de Seguros.

... Y además, si el estilo 1930 del teatro es lo contrario de «Figaro» y de 1830, razón de más para que esa contradicción vaya en favor de Larra: ¿no fué Larra el que dijo de España que era el país de los viceversas? Pues bueno...

MANUEL ABRIL.

SOLO PARA SEÑORAS DISPUESTAS A DIVORCIARSE

UN POCO DE MODES-ROBES

PRESENTACION

Decididos a equipar BUEN HUMOR con todos los adelantos modernos, acabamos de adquirir una cronista de modas. Esta señora se encargará de visitar los salones más elegantes y de armar en los matrimonios una serie de lfos y de broncas, ¡que *pa* qué! Si notan ustedes que es demasiado cursi, nos lo dicen y la tiramos tres o cuatro veces por la ventana.

Hoy va a informar a ustedes de las modas de invierno. Se ruega a los maridos que no la disparen desde muy cerca, porque la pobrecita es miope y no va a poder esquivar las balas. Y vamos a empezar. ¡Doña Petra!... Pero ¿dónde se habrá metido esa señora?... ¡¡¡Doña Petraaa!!!... Ande, señora, que la están esperando... ¡Hale..., suelte usted eso!...

¿QUE LLEVAREMOS ESTE INVIERNO?

Visitamos hoy la encantadora colección de *chez* Petronila de Nicasio de García, instalada en este coquetón pisito cuarto de la ronda de Segovia, lindando con Villalba, cada día más frívolo y más atrayente, más europeo y más *chic*, con su metrito de polvo a la puerta.

No funciona el ascensor. *Madame la concierge* nos lo advierte, señalando con una cebolleta, que aparece por mitad entre su mano y su boca, un cartel. Un cartel de encantador alfabetismo, en el que una mano ru-

pestre escribió: *No suve ni cantándole fandanguillos. Ay que ha molarse ipe dalear.*

Emprendemos ruta escaleras arriba, cruzando la abigarrada y oriental visión de los nenes comiéndose la barandilla de la escalera—¡ángeles rubios!—y el rudo batir del esposo a la esposa, que es como la flor inmarchitable de la feliz coyunda proletaria.

Arriba, sentada en el descansillo de la escalera y acompañada de su esposo, el cultísimo cartero señor García, está, esperándonos, la maga de la aguja.

—¡Oh, bon jour!... ¡Qué bonheur!
—¡Vendrá usted hecha papilla!...
¿Quié usted sentarse un rato en los escalones?

¡Qué amables todos en *chez* Petronila de Nicasio de García!

Entramos en la mansión de la maga. ¡Oh! Por los pasillos, en la alcoba de Petronila—pleniguapa hoy en su *costume pour traginer*—, en la fresquera, y colgados airosamente de la campana de la cocina, hay una selección muy aparte de modelos.

Muchos tejidos ingleses y otros que no son ingleses *tout a fait*, pero que resultan mucho más cordiales y comunicativos que los ingleses vernáculos.

Pendientes de la lámpara del comedor hay una telas así como arrugadas, sucias, asquerosas y malolientes, que son un amor. Tales el «djersaport», el «cierralaport», el «abrelaport».



—Te advierto que estos marinos nos han invitado a almorzar a bordo para que les devolvamos la comida.

Dib. FRESNEDA. Madrid.

Con la adición de un *chat domestiqué* o de un simple *lapin*, Petronila logra un ágil modelo, que se salta las tapias del Pardo delante del guarda.

Para campo, tren de vía estrecha, avión y tranvía, están el «rigodín», el «churrutín», el astrakán gris sentimental, la foca dorada y acaramelada y el centollo, que dan un aspecto suntuosísimo y hasta educado al portador.

Este año Petronila no hace talles bajos ni paga la contribución industrial.

En los trajes de calle, la falda, aunque algo más cara, ha bajado. Se llevan mucho los volantes y las proas de piel, pero sin cubrir completamente las piernas.

Por la noche, sí. Al meterse en la cama, las piernas quedan totalmente cubiertas.

Chic es un modelo para casadas partidarias del divorcio, con lunares de los que ya no se llevan ni en la barbilla y adorno de bisonte estilizado, que seguramente provocará el suicidio de numerosos maridos.

¡Oh, mon ami!, de tejido *breichwanz* con aperitivo en tono *loutre*, es el entierro del conde Orgaz en coche automóvil.

Que te croie tu ca, de procelosa cretona al bies y como amodorrada, tiras de *skungs*, aplicaciones de trigémino y tipo canoa, será la epilepsia de las veraneantes de la Costa Azul.

Trotoir es maravilloso de forma, pero *Sans payer* resulta muchísimo más tratable.

Muy felicitada ha sido Petronila por esta *trouvailles* de cuento de *Pinocho*.

Este invierno Madrid será un verdadero paraíso. Todas estaremos cañón y los castigadores—¡cruelos!—ingresarán por camionetas en los Palaces-Kent. Pero...

—¡La hora, doña Petra!

—¿Cómo?...

—Que ya ha dado usted bastante tostón a estas señoras. Ande, quítese el delantal y márchese... ¡Y que no la veamos por aquí hasta la Primavera, ¿eh?... Adiós, señora. Que no sea nada.

A ruego de doña Petra,
que se ha olvidado de
aprender a escribir,

L. PIELTAIN.

EL VIEJO LOBO DE MAR

Un día llegó al café.
Era alto, fuerte y de unos cuarenta años.

No recuerdo quién le trajo con nosotros. Sólo sé que en una ocasión nos dijeron que era marino.

Una sonrisa de incredulidad se dibujó en nuestras fisonomías.

—Todo lo más—decía uno—, es de Aduanas.

—Ni eso—comentaba otro.

Y él venía, se sentaba, oía, sonreía, se ponía serio, pagaba y se iba.

Y nuestra seguridad de que no era ni había sido jamás marino se acentuaba.

Una mañana llegó fumando en pipa. Una pipa curva e inglesa.

Una mueca de sorpresa nuestra le recibió.

¿Sería marino aquel hombre?

Cuando se fué, uno de nosotros dijo:

—Tenemos que reconocer que este hombre puede ser un lobo de mar.

—Sí, sí. La pipa es un comprobante decisivo—apuntó otro.

—¡A lo mejor lo ha hecho sin querer!—intentó un tercero.

Todos movimos la cabeza de un lado a otro dubitativamente.

—¡Hum!... ¡Mucho me temo que, efectivamente, sea un hombre de mar!—dijo otro.

Y todos movimos la cabeza de arriba a abajo, como los caballos de los entierros, dando más fuerza afirmativa al temor de nuestro amigo.

—Yo creo—dije—que mañana debemos preguntárselo a él y saldremos de dudas.

Y así lo hicimos.

Al día siguiente, cuando llegó al café, me acerqué a él y le pregunté rápidamente:

—¿Es usted marino?—para no darle lugar a pensar la respuesta.

—Sí, señor—respondió suspirando.

—Lo es, lo es—dije a todos.

Nos reunimos en grupo a su alrededor.

—¿Y ha estado usted embarcado alguna vez?—preguntó uno.

—Sí.

—¿Pero por mar?

—Sí. Por mar.

—¡Entonces es usted un viejo lobo de mar!

Bajó los ojos modestamente.

—No cabe duda—insistimos—; es usted un viejo lobo de mar.

—Mire usted—dije yo—: nosotros jamás hemos tenido un amigo viejo lobo de mar y no queremos perder esta ocasión. Tendrá usted que dejarse sotabarba.

—No la he usado jamás.

—¿No?

—No. Pero probaré por complacerles a ustedes.

—Bueno. Mascaré usted tabaco

—¿Mascar?

—Sí.

—¡Qué asco!

Nos miramos asombrados. ¡No le gustaba mascar tabaco! ¡No lo había mascado nunca! ¡Era increíble!...

—Yo opino—insistí—que, si no lo masca, por lo menos debe tenerlo en la boca un rato.

—Bueno. Probaré también—aceptó resignado.

—Tiene usted que tener mucha nostalgia de la mar. Tiene usted que tener «saudade» de la mar.

—Ya ven ustedes. ¡Tengo de toda clase de caracoles y moluscos mari-



—Yo soy el hombre que usted necesita: rico, con un título, libre... Vamos, un partido para aceptarlo con los ojos cerrados.

—Sí, sí. ¡Con los ojos cerrados y vuelta de espaldas!

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. Málaga.



Dib. GARRIDO. Madrid.



—¿Qué opinas tú viendo a Chuchita?
—¡Que son unos cretinos los que dicen que las señoras no tienen espalda!

Dib. RAMÍREZ. Madrid,

nos, y «saudades» no tengo! ¿Verdad que es muy raro?

—«Saudade» es pena, morriña, nostalgia.

—¡Ah! ¡No sabía!...

Nos miramos desconcertados.

—¿Qué tal blasfema usted?—pregunté tras una pausa.

—¡Pchs! ¡Modestamente!...

—¿Y jurar?

—Prometo, nada más.

—¡Pero, hombre! ¿Es que quiere usted hacernos creer que es marino en esas condiciones?

Nos miró angustiado.

—No sé, no sé. Yo mismo lo dudo a veces—dijo entristecido.

—Vaya, no se ponga así. Jure usted y verá cómo se desvanecen nuestras comunes dudas. Diga usted, por ejemplo, algo que haya leído en los libros de aventuras.

—¡Voto a cribas!—rugió ferozmente.

—No, no; no nos sirve. «Voto a

cribas» es un juramento de molino. Necesitamos algo de mar.

—¡¡Viente de ballena!!--aulló salvajemente.

Le ovacionamos entusiasmados. ¡No cabía duda; por fin, teníamos un amigo viejo lobo de mar!

—¿Tiene usted uniforme?—dijimos.

—No. Traje de marino, sí.

—Pues es necesario que mañana venga usted con él.

Accedió gustoso.

Aquella noche no pudimos dormir tranquilos ninguno de nosotros. Nuestros sueños tenían desvelos de tempestades y juramentos marineros. El balancear de las olas adormecía nuestros despertares. El barco de nuestras pesadillas danzaba en el océano de nuestras inquietudes.

Al día siguiente, en el café, esperamos todos con un latir frenético de nuestros corazones. Por fin llegó él. ¡Venía magnífico! Con su presen-

cia tomaba el café el aspecto de un salón de trasatlántico... Sotabarba, postiza, pero sotabarba al fin; pipa, tabaco de mascar, botas altas, impermeable, sombrero de hule ¡y dos anclas tatuadas en el antebrazo derecho!

Le sentamos en el lugar preferente. Algunos le acariciaban el impermeable con un gesto admirativo y envidioso.

Nos contó miles de aventuras de mar, que nos descoyuntaban la boca de asombro.

¡Quince naufragios! ¡Cuarenta y seis tempestades! ¡Cuatro trombas marinas! ¡Dos islas desiertas! ¡Tres ataques de piratas chinos!... ¡Un encanto!...

Estábamos locos de felicidad.

Hubiera seguido eternamente; pero llegó la hora de comer y nos fuimos, añorando aventuras y viajes.

En casa tomábamos las curvas de los pasillos gritando:

—¡Vira a babor!... ¡Orza a babarra!...

El mar nos vencía. Envidiábamos a nuestro amigo. ¡Viejo lobo de mar!... Ser lobo de mar era mucho más hermoso que ser abogado, o médico, o militar, o catedrático de Filosofía y Letras.

Y aquella tarde salimos todos de paseo, comentando la felicidad de tener un amigo así.

De pronto, uno de nosotros se quedó pálido y se detuvo bruscamente, señalándonos la calle.

Miramos atónitos y vimos...

Hacia nosotros venía un camión revestido de barco velero. Un gran letrero encima nos trajo a la realidad en alas del desengaño. Decía:

*Próximamente, la película cumbre
DE LA HABANA HA VENIDO UN
BARCO*

*Intenso drama de honda emoción.
Totalmente hablada en esperanto.*

Y en el puente del barco-avuncio ¡¡él!! De pie, y fumando su pipa curva e inglesa. Lo comprendimos todo y bajamos los ojos avergonzados.

El también bajó los ojos.

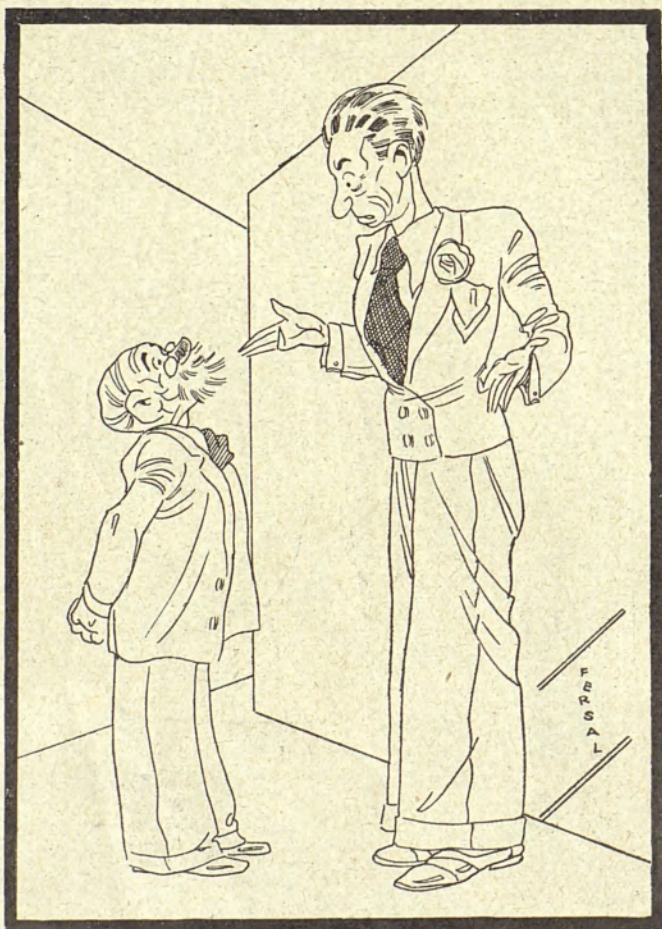
El barco-automóvil se alejó por el océano de la Gran Vía.

No hemos vuelto a hablar de él.

Y desde entonces, odiamos al mar.

Yo ya ni siquiera puedo comer merluza.

ALFREDO MATILLA



—¡Exijo una rectificación! ¡Quiero que se retracte!
—¡Oh, no! ¡Por Dios! ¡Que salgo muy feo...!

Dib. FERSAL. Madrid.

A PROPOSITO DE LOS ESTRENOS ACCIDENTADOS

UN TREMENDO Y ANTIGUO SUCESO TEATRAL

El hecho que a contar voy,
a mis lectores amables,
ocurrió hace tanto tiempo
que no sé, si al recordarle,
se me escapará algún dato,
u omitiré algún detalle,
de los varios que adornaron
el desaforado lance...
Es el caso que, hace años
(¡ya he dicho que hace bastantes!),
se estrenó en cierto teatro
de Madrid, de los más grandes,
y de los más concurridos,
y de los más populares,
y de los que peor huelen
los domingos por la tarde;
se estrenó, he dicho y repito,
una obra (valga la frase)
de un autor un poco bruto
que no es menester nombrarle
porque todavía vive
y podría molestarle,
y nosotros no queremos
tener disgustos con nadie.
La obra quería ser cómica
y venía a titularse
algo así como *La viuda
de Martínez vende un catre...*
Tenía la obra tres actos
y un prólogo así de grande,
y tomaban parte en ella
numerosos personajes,
un ciento de conjuntistas,
un ventrílocuo de Cádiz,
una orquesta de acordeones,
cuatro parejas de baile,
un coro de jesuitas
y un orfeón de Getafe
encargado de cantar
ciertos aires regionales,
aunque con la condición,
rotunda e inexcusable,
de que al correr malos vientos
no cantarían los aires...
Con componentes tan varios,
en el teatro esperábase
un éxito tremebundo,
sideral, espeluznante;
y con feroz esperanza
de que el triunfo se alcanzase,
se anunció el estreno un lunes,
se aplazó luego hasta el martes,
se dijo después que el miércoles
era el día memorable,
y, por fin, se fijó el jueves,
aunque, después de fijarle,

se acordó que fuese el viernes
cuando la obra se estrenase,
si bien luego se convino
que fuese el sábado, y no antes.
¿Tendré que decir que el público,
entre ávido y anhelante,
y entre diez y diez y media,
llenó el teatro en lo que cabe?
¡Pues si tengo que decirlo,
lo digo!... ¡Sí! ¡Fué tan grande
el lleno, que ni los guardias,
ni los bomberos, ni nadie
de los asiduos del teatro,
vió nunca tan rebotante
aquella sala antihigiénica
sin ventanas a la calle!...

Según costumbre ya antigua
en los estrenos notables
(que no me explico), el telón
se levantó un poco tarde,
y cuando ya el auditorio
empezaba a impacientarse
y a hacer ruidos sospechosos
de esos que ponen la carne
de gallina a los autores
y de gallo a los cantantes...
Dió comienzo el espectáculo
con un *charlestón* de cafres,
que produjo el mismo efecto
de indiferencia alarmante,
que el rezo de una beata
o el estornudo de un sastre,

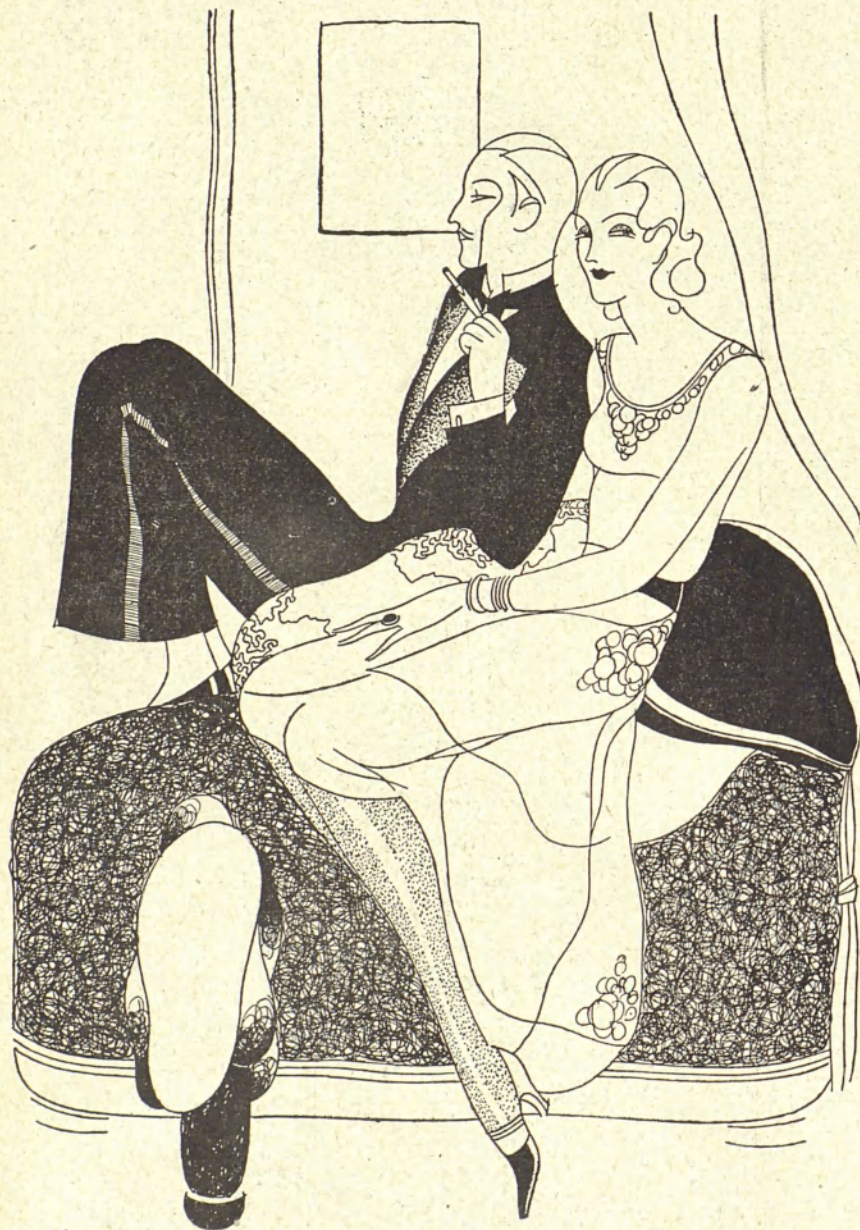


—¡Oh, es admirable! Parece que está hablando.
—¡Claro hombre, claro que está blando, si está recién pintado!

Dib. MARTÍNEZ ROMERO. Madrid.

o el diálogo de un guardia con un chófer en la calle. El primer chiste, a propósito de las mujeres votantes, no hizo reír al concurso; e igual pasó con la frase con que un paleta de Parla decía que era *parlante*,

y que allí, hasta el que era mudo, también debía llamarse lo mismo, con un derecho perfectamente innegable... Fué ya causa de pateo, con ribetes de catástrofe, cierto juego de palabras a cargo de un personaje



CARBONERAS
31.

—Esta mañana he corrido detrás del tranvía todo el trayecto, sin lograr alcanzarlo; de modo que me he ahorrado quince céntimos.

—¡Tonto! Haber corrido detrás de un *taxi* y te hubieras ahorrado lo menos dos pesetas.

Dib. CARBONERAS, Valencia.

que, aunque se llamaba Duro, era blando en cierto trance en que encontraba a su esposa dando un abrazo a un ex fraile, mientras le decía: ¡Duro!, aunque él se llamaba Sánchez... Y, a partir de este momento, aquello fué la *debacle*, el caos, el desiderátum, la oca, el delirio, el desastre, la caraba más horrenda que puedan imaginarse los que tengan por costumbre ver hecatombes bestiales... Terminó el acto primero entre gritos malsonantes; se deslizó el otro acto (¡llamémoslo deslizarse!) con espantosos tumultos y dicterios formidables, rebuznos en las butacas y aullidos horripilantes en los palcos y sillones y en los nones y en los pares... Y al concluir el tercero era tan irrefrenable el furor de todo el público que ni los tercios de Flandes ni los de la benemérita habrían sido bastantes para volver a la gente a la sensatez amable y a la sonriente calma de las épocas normales... El autor fué flagelado con ímpetu delirante y con palabras horribles que en este sitio no caben. Su madre fué calumniada, y hecho un trapo quedó el padre, y hecha un pingo la señora y todos los familiares igual presentes que ausentes, pues el público insaciable tenía ya para todos y aún le quedaba sobrante... Pero cuando su cabeza pidieron varios salvajes, se alzó un buen espectador y gritó: —¡Eso, no! ¡¡A la calle!! ¡¡Yo no puedo tolerar que de esa forma se trate a un sér desvalido y débil!! ¡¡Es mi deber ampararle!!... —¿Es usted de la familia?— tres o cuatro preguntáronle, absortos de tal defensa. Y él dijo con voz tonante: —¡Ni le conozco ni quiero, pero es de ley que le ampare! ¡¡Yo soy de la Sociedad Protectora de Animales!!!!...

ERNESTO POLO



—Cómo contemplan los artistas de circo, el lago tranquilo, de agua de cristal.

Dib. FUENTE. Madrid.



LA NOVIA DEL PRINCIPE Por CARLOS MURAI

En carta certificada se me decía que había sido elegido profesor del Instituto de Horog. El señor que había firmado la carta hacía observar en ella que enseñaría el latín, matemáticas, la geografía y el canto. Esta noticia me inquietó un poco; pero al fin me resigné a ello, pensando en que un profesor del Instituto está obligado a ocuparse de todas las asignaturas.

Cuando llegué a Horog saludé a los miembros del Consistorio y me puse a buscar cuarto. En la pesquisa me vi guiado por la suerte, que encaminó mis pasos hacia la casa de la señora viuda Mados, en donde encontré buena habitación. Como la señora no estaba en casa, fué su hija, la señorita Magda, la que me enseñó el cuarto, enumerando todas sus ventajas. Mis miradas estaban fijadas en la señorita, que era una belleza noble, digna y altiva. Me llevaba toda la ca-

beza, y sus ojos eran negros, y su voz penetró al punto en mi corazón. Cuando la pregunté el precio de la habitación me respondió que eso era cosa exclusiva de su madre, la cual estaría en casa después del almuerzo.

Cuando la mamá llegó, me presentó y la hice saber, con el respeto debido, que era profesor de lengua latina y de otras asignaturas, y que deseaba alquilar el cuarto. Me dijo que ella no alquilaba el cuarto por necesidad, sino únicamente para tener un hombre en casa, pues para dos seres femeninos, miedosos y abandonados, como estaban ellas, era una garantía. No obstante eso, pidió por la habitación doce florines mensuales, a pesar de que yo había contado con un máximo de ocho florines.

Hecho el trato, llamó a Magda y la rogó me hiciese café negro. La altiva belleza salió inmediatamente de la habitación para ejecutar la orden

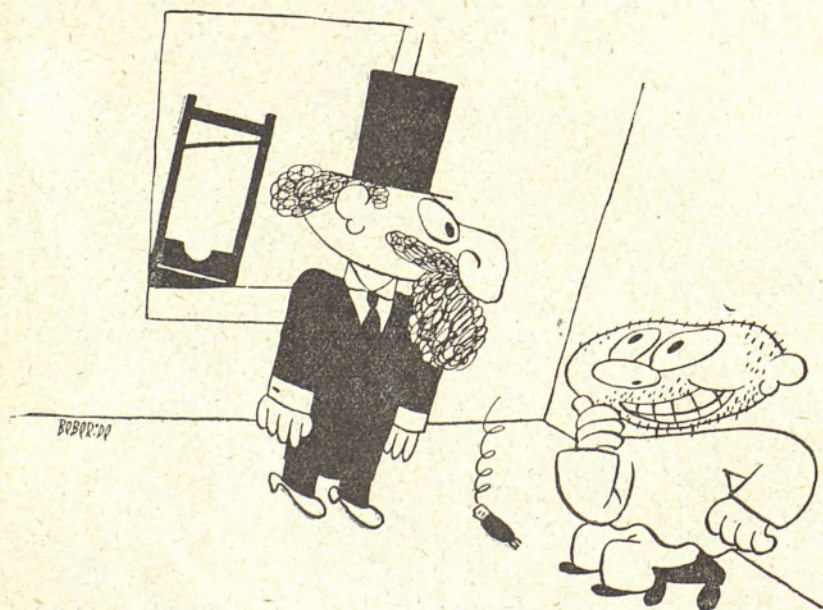
de su madre. Y, mientras preparaba el café, la señora tuvo la amabilidad de contarme algunos detalles de su vida. Me dijo que su difunto esposo había sido jefe de Correos y Telégrafos en aquella ciudad, donde fué muy estimado de todos. Después de la muerte de aquel hombre noble ella era la que se había encargado de la Administración de Correos y Telégrafos, y por ese motivo estaba ocupada durante todo el día. Me dijo después que Magda era el orgullo de su vida; que hablaba de modo admirable el alemán y el francés, que cantaba como un ruiseñor y que tocaba el piano a la perfección.

Mientras tanto, Magda había terminado la preparación del café, y quedé convencido de que era una admirable mujer de su casa.

El director del Instituto, cuando supo dónde me había instalado, hizo un gesto y me advirtió que tuviese cuidado, pues, si no, me vería cazado. Me dijo que hacía ya diez años que la señora Mados trataba de casar a su hija, que era una orgullosa, una ambiciosa, una derrochadora y una holgazana. Mis compañeros hicieron iguales manifestaciones. Tanto me contrariaron que si hubiese yo sido diestro en el arte de manejar la espada y la pistola, seguramente les habría dado una bofetada para batirme con ellos; pero no siendo así, no pude obrar de aquel modo, y me contenté con sentir hacia todos un mudo y eterno desprecio.

Yo, que siempre y en todas partes he respetado la virtud femenina, me retiré asqueado del grupo, y únicamente llegué a sentirme feliz cuando podía hablar con la señora Mados o, mejor dicho, cuando podía escucharla, lo que conseguía muy raras veces.

Pude apreciar que la señora Mados era una mujer llena de honrados sentimientos y de sinceridad. Supe que en la ciudad apenas había joven que no hubiera querido casarse con la se-



El verdugo.—¿Cuál es su última voluntad?

El condenado, que es barbero.—Me gustaría afeitarse a usted...

(De Le Rire.)

ñorita Magda, pero ella había declarado que no se casaría más que con un verdadero profesor, con título, de latín y de griego. Aquella declaración me produjo un placer enorme; desde entonces no he cesado de dar gracias a Dios por haberme hecho escoger precisamente el estudio del latín y del griego.

La señora Mados me contó todo cuanto se refería a la señorita Magda, dejándome por siempre reconocido por aquella confidencia que tanto me honraba. Supe que mi director había querido casarse con la señorita, pero que ella había respondido no poder simpatizar con un mono semejante.

Me contó otras muchas historias, por las que supe cómo, por culpa de la muchacha, se habían suicidado varios caballeros.

Estas cosas aumentaron el interés que yo sentía por la señorita Magda, al mismo tiempo, me daban miedo. En aquella época solía yo acariciar a menudo mi revólver, y hubiera querido ver en el porvenir si no sería yo otra víctima. Si tomaba en consideración la bondad de la madre, tenía algunas vagas esperanzas, pues había tenido la bondad de declarar en diversas ocasiones era yo el único hombre a quien ella se atrevería a entregar su hija. Pero cuando veía ante mí a la señorita Magda, con toda su altivez, renunciaba a toda esperanza.

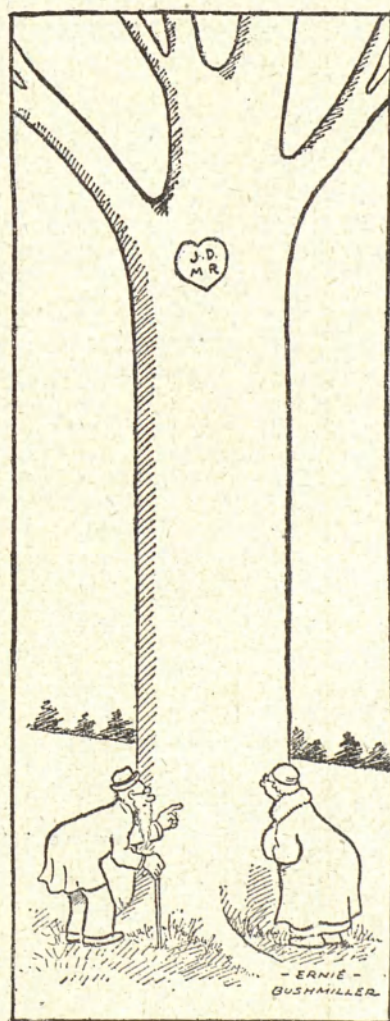
Así pasaron seis meses, llevando yo una vida solitaria, sobre todo por no oír las calumnias contra la señora Mados y su hija Magda. Al cabo de esos seis meses, un domingo ocurrió un suceso extraordinario. En una de las revistas que se publicaban en Budapest, y que llegaban a nuestra ciudad, se había publicado la noticia de que yo, joven y sabio profesor del Instituto, había celebrado mis esponsales con la señorita Magda, hija única y llena de encantos de la señora viuda Mados. Daba la casualidad que aquella revista, por ser la preferida de Magda, la cogió rápidamente para apresurarse a leerla, pero de repente lanzó un grito y se desmayó.

Por fortuna, el desvanecimiento no duró mucho tiempo, y cuando la señorita volvió en sí entregó la revista semanal a su madre, se echó a llorar y salió. Su madre, sorprendida e inquieta, se puso a leer la revista, y, milagrosamente, su mirada cayó desde el primer momento sobre la noticia que anunciaba nuestros esponsales. Recorriendo aquellas líneas,

lanzó un grito y dijo con voz ronca:

—Esto nos llevará a una catástrofe. Esto acabará con una muerte. Le puedo confesar a usted, señor, que Magda es novia hace dos años del príncipe Wutkovsky, capitán de húsares. El príncipe es descendiente de los reyes de Polonia y no está todavía en situación de poder casarse; pero dentro de dos meses hubieran podido celebrarse las bodas. ¡Ah, Dios mío! ¿Qué hará ese hombre cuando se entere de la noticia de los esponsales?

Me sentí un poco inquieto ante la idea de que pudiera encontrarme con el capitán de húsares. Propuse, pues, que se desmintiese la falsa noticia; pero era inútil, puesto que la revista no hubiera podido publicar la rectificación hasta una semana más tarde.



—¿Qué habrá sido de aquellas iniciales que grabé aquí hace cuarenta años...?

(De Everybody's.)

Propuse telegrafiar al príncipe diciéndole que en la noticia no había ni una palabra de verdad. Pero la señora no cesó de sacudir la cabeza, y dijo, tristemente, que teníamos que esperar a lo que el Todopoderoso tuviera dispuesto.

Aquel día no salí. No quería que mis conocidos me pudiesen pedir explicaciones. Me paseé arriba y abajo por mi cuarto. La señora Mados y la señorita Magda se encerraron en sus habitaciones. Si no estoy equivocado, se pasaron llorando toda la tarde y toda la velada.

Al día siguiente la señora fué a la oficina; por la ventana vi su regreso y advertí que se hallaba muy triste y que sus ojos estaban enrojecidos de tanto llorar. Al cabo de algunos minutos entró la criada en mi cuarto, diciéndome que la señora me llamaba. Cuando entré, la madre me entregó un telegrama, rogándome que lo leyese. El telegrama era del príncipe Wutkovsky. Anunciaba que la noticia de los esponsales de Magda había sido para él una bala que le había herido en medio del corazón. Como no quería aumentar su dolor, salía para Africa con objeto de hacerse misionero y olvidar a la infiel.

—El príncipe—dijo la señora—es un miserable. Un hombre que en lugar de matar a su rival se marcha a Africa para hacerse misionero, no es de mi gusto ni del gusto de Magda.

—¡Pero, mamá, querida mamá! —dijo la señorita Magda.

—¡Cállate! Lo que siento es que no sea cierta la noticia de los esponsales.

En aquel momento me sentí invadido por un valor milagroso, y dije en voz queda, con los ojos bajos:

—Si usted quiere y si no se opone al deseo de su hija, podríamos hacerla auténtica.

Magda alzó bruscamente la cabeza, mientras su mamá abrió los brazos y exclamó:

—¡Hijo mío!

Después me abrazó y apretóme contra su pecho, con lo que nuestros esponsales vieron bendecidos.

Después de la boda me hice trasladar a otra ciudad, pues no quería oír los comentarios de las gentes de Horog, que trataban de molestar a la madre diciendo que ella había enviado a la revista la noticia de los esponsales, y que ella también había inventado el telegrama del inexistente príncipe. ¡Oh, qué manera de calumniar a la noble mujer!

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condicion indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Pa-ra el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

AL PIE DE LA LETRA

—Antoñito, ¿por qué vuelves la cabeza al dar la limosna?
—Porque mamá siempre me dice: «haz bien y no mires a quién».

El as del fútbol (Melilla).

Ella.—Hace varias semanas que no le veo. ¿Se retrae usted porque me debe el dinero que le presté?

El.—¿Cómo puede usted fi-

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

Un viajero se marchaba del hotel apresuradamente a la estación, cuando se dió cuenta de que se había olvidado algo. Llamó al botones y le dijo:
—Sube corriendo al número 456 y mira si está allí mi paraguas. Créo que lo he dejado a la derecha del lavabo. ¡Vete volando!

Un minuto más tarde el botones vuelve y dice:
—Sí, señor; el paraguas está todavía allí, a la derecha del lavabo.

TERESITA (Madrid).

gurarse eso? Si no lo he pagado ya, sólo usted tiene la culpa.

Ella.—¿Yo? ¿Cómo es posible eso?

El.—Es usted tan hermosa que, cuando la veo, se me olvida enteramente todo lo demás, ¡hasta mis deudas!

Benjamín López (Madrid).

—¿Por qué le pegas al niño y lo haces llorar?

—¡Pues para ver si calla!

La Estaca (Enguera).

Un padre con cinco hijos se encuentra con un amigo.

—¿Dónde se va con tantos pollitos?

—¡A dónde quiere usted que vaya!...

—A paseo, ¿eh?

—¡Cá, hombre de Dios, al corral.

Enrique Soto y Soto.

CONSECUENCIAS LOGICAS

—¿Qué hubiera sucedido si Eva, en vez de una manzana, se hubiera comido una patata?

—Pues que, probablemente, seríamos todos tuberculosos.

Mona (Sevilla).

EN EL JUZGADO

—¿Es cierto que usted ha matado a su esposo...?

—Sí, señor...

—¿Qué motivos le indujeron a usted a cometer el crimen?

—Que continuamente me ofendía pensando que yo le era infiel...

—¿Y usted por qué sabía que su marido pensaba mal de usted?

—¡Es que yo soy la pitonisa del circo!...

Pompas fúnebres (Enguera).

CLAUSULA TESTAMENTARIA

—«... y a mi administrador nada le lego, por haber estado a mi servicio durante veinte años.»

Hércules (Enguera).

Casa de las PANTALLAS

¡Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene

Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

—Le presté ayer dos huevos a tu señora y no me ha devuelto más que uno.
—¿Sólo uno? Entonces es que se habrá equivocado al contarlos.

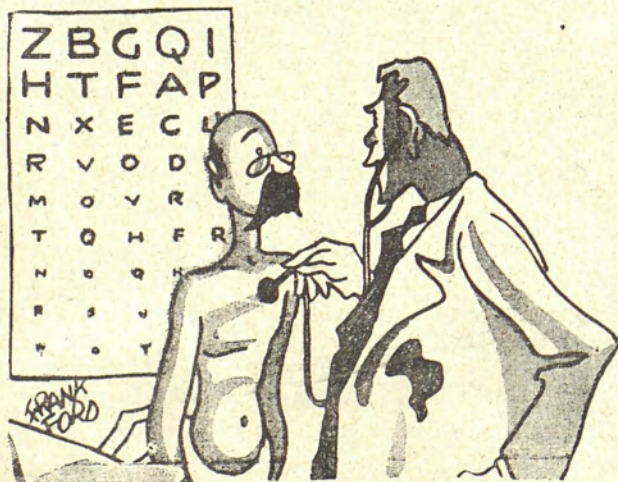
A. Ramírez (Olot).

A un asistente le dió un oficial una tanda de bofetadas fenomenal por una metedura de pata, y después le dijo:

—Ahora creo que tendrás cuidado para otra vez.

—Mi teniente, a la primer «gofetá» ya estaba «entera» de «fo».

Manuel Carbajosa (León).



—Saque usted la lengua.
—Ya está.
—No la veo.
—Es que me la tapan los bigotes.

(De Jude.)

Un individuo que tiene la novia tan gravemente enferma que está ya desahuciada por los médicos, se encuentra con un amigo, al que, llorando amargamente, dice:

—¡Ah, querido Antonio, qué desgracia la mía... mi pobre novia, mi pobre Amanda, se está muriendo; no sé qué va a ser de mí; no podré vivir sin ella!

—Calma, hombre; calma. ¿Tan grave está?

—Sí, muy grave...

—Pues... ¿qué tiene?

—¿Que qué tiene...? ¡Veinte mil duros de dote, Antonio; veinte mil duros!

Jaime Doncos (Barcelona.)

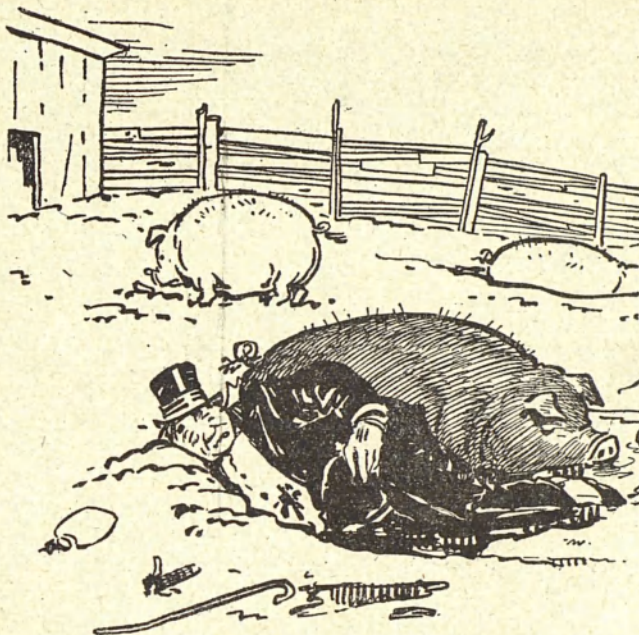
Decía un filósofo:

—La risa de un carnicero no puede ser de alegría.

—¿Por qué?

—¿Cómo va a ser alegre el hombre que con pesar vive siempre?

José M. Conde.



El borracho.—¡Vamos Sarita; te estás quieta, que me vas a echar fuera de la cama!

(De The Humorist.)

SALUDO

—¿Y sus enfermos, doctor?

—Se encuentran todos bien; gracias.

Ur-Música (Bilbao).

ENTRE AMIGOS

—¿Tú has estado en Colmena de Oreja?

—No; sólo conozco Colmenar de oído.

El carbonero (Madrid).

—¿Conoces tú algún torero hermafrodita?

—Sí; Rafael Gómez, que, además de llamarse «Gallo», es «gallina».

Zeupin (Alicante).

—¿En qué se parecen las maderas de un balcón a una pieza de música?

—En que la lleba.

Luys'n (Estación Baeza).

CUPON

Correspondiente al núm. 516 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

Decía un andaluz:

—Yo, pásmense ustedes, una vez me tragué una peseta y la saqué en perras gordas...

—So embustero; eso cuéntelo usted a su «agüelan»...

—Hombre, es que la saqué por la boca, no vaya usted a creer...

—¿Y qué?

—¡Ah! ¿No quiere usted creer que cambié la peseta?

Pietín (Enguera).

En un pueblo se proyecta erigir una estatua ecuestre y dice el alcalde al escultor:

—¿Cómo cree usted que debe ser la estatua?

—Doble del natural—responde el escultor.

—¿Qué barbaridad! ¿Va usted a ponerle ocho patas al caballo?

Carlos de León.

El dueño de una casa vió una vez a un criado que llevaba una bandeja con tres vasos llenos de coñac y tres vacíos, y le preguntó:

—¿Para qué son esos vasos vacíos?

—Para los señores que no quieren beber.

A. B.

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

40 FOTOGRAFÍAS MUY ORIGINALES, DE PARIS, ULTRAINTERESANTES

Compuesta de varios modelos de tipo ultramoderno, constituye la colección actual más curiosa. Sólo quedan algunas series sobre papel color carne. Escribid urgentemente. Envío a todos los países bajo sobre cerrado, contra recibo de 20 pesetas en billetes de Banco, Giro postal internacional, sellos o cheque sobre París.

B. MARLÈNE Libraire

34, Rue Godot de Mauroy -- PARIS



Correspondencia muy particular



C. A. H. (Logroño).—¿Una parodia de la sonatina de Rubén Darío a estas fechas, después de las quince mil ochocientas noventa y siete que se han hecho, y antes de los nueve millones cuarenta y dos mil y pico que se piensan hacer? ¡Quíá, caballero de mi consideración más distinguida y vehemente! ¡Primero nos metemos debajo de un autocamión, encima de un volcán o en medio de un río intolerablemente caudaloso!

Julián (Málaga).

Dos «monos» Julián mandó. Uno se aceptó. Otro, no. Y el uno que se ha aceptado será en breve publicado, pues para eso se aceptó.

El emigrado inocente (Barritz-Sanlúcar de Barrameda).—No podemos aprovecharlo.

Naná (Barcelona).—Bellísima y charlestonica señorita: hemos leído sus voluptuosas y encantadoras cuartillas con una emoción que se habría usted sobrecogido de espanto si nos hubiera visto. Están tan bien, tan monumentalmente bien, que de ninguna manera las publicamos. Tendríamos celos, unos celos terribles, de que otros ojos las contemplaran, de que otros labios las deletreasen, de que otros corazones se conmovieran con ellas. ¡Y eso, no; no, y mil veces no!! ¡Esas cuartillas no verán la luz jamás!! ¡Esas cuartillas son para nosotros solitos!! ¡Para nosotros exclusivamente!! ¡Para nosotros nada más!!... ¡¡Para el público, nunca!!...

B. T. S. (Madrid).—Malo, muy malo, malísimo, pésimo, horrendo, apocalíptico, bestial, neurálgico, intolerable, aplastante, etcétera, etc., etc., y una barbaridad de etcéteras más. ¡En fin, una verdadera catástrofe, de la que no hemos salido muertos porque Dios nos apesadumbró mucho y ha querido hacer ese milagro!

Ilustres caballeros dibujantes que actualmente pernóctan en «Cestona», en virtud de la poca oportunidad y eficacia de las obras de arte que nos han enviado.—Forman el consternado grupo los señores López Ross, Ka-ko, Rey Padilla, Page, J. L. C., Fede-Ale, Martínez Palomo, E. Solá (Barcelona), Panach y S. Dasi (Valencia), Vallés (Barcelona), Julito (Jerez), Oché (Barcelona), M. y J. Zamora (Murcia), Alex (Barcelona), F. Gómez (Madrid), T. V. C. (Bilbao), Broadway (Barcelona), Agatógenes (Burgos), Pájaro Pinto (Salamanca), Sabatés (Barcelona) y Calixto (Valladolid).

Camorra (La Coruña).

Egregio señor Camorra: ¡váyase usted a la porra!

M. B. C. (Teruel).—¿De manera que este otoño está haciendo por ahí mucho frío?... ¿Y qué hace usted que no se compra una «trinchera» precipitadamente?... ¡Para el frío, cosas de abrigo, hombre! ¡Aunque no tan de abrigo como su

croniquilla, porque eso ya es abusar indignamente de la paciencia del honrado prójimo!...

Pascual (Jerez de la Frontera).

Pascual es un animal de una alzada colosal. ¡Y si le parece mal, Pascual, a mí me da igual!

S. V. R. (Madrid).—No nos parece esta época del año la más a propósito para hablar de toros. ¿Por qué no prueba usted a hablar de vacas, a ver si le sale a usted la charla un poco mejor?

E. Miró (Castellón de la Plana).

Juro que no he visto yo en mi dilatada vida monserga más aburrida que la del señor Miró.

Don José (Sevilla).—¡Qué más quisiéramos nosotros, ¡ay!, que poder admitir sus «monos» sin discusión alguna, amable don José. Pero da la pícara casualidad de que, como dibujos, dejan todavía bastante que de-

sear; y el que lleguen a una relativa perfección no consiste en nosotros, sino en usted. ¡Alíquese y gaste tinta, que en la insistencia está el éxito... ¡Ah! Y sepa usted que los chistes con que acompaña a los dibujos, casi siempre nos hacen la mar de gracia, por lo cual nos contraría más todavía no poder aprovechar los «monitos» susodichos.

Sir Thompson (Santander).

¡Qué lástima que este sir no haya aprendido a escribir!

G. R. J. (Cartagena).—Eso que usted nos cuenta se lo hemos visto hacer en la pista de varios circos a Rico y Alex, a Antonet y Beby, y a Pompoff y Teddy, sus buenas trescientas veces. No hay, por tanto, ninguna necesidad apremiante de que lo repitamos en nuestras columnas. ¡Sería tonto!... Y además se molestarían los tontos que lo inventaron, que no sabemos cuáles de los seis han sido: si Teddy, si Beby, si Alex, si Pompoff, si Rico o si Antonet.

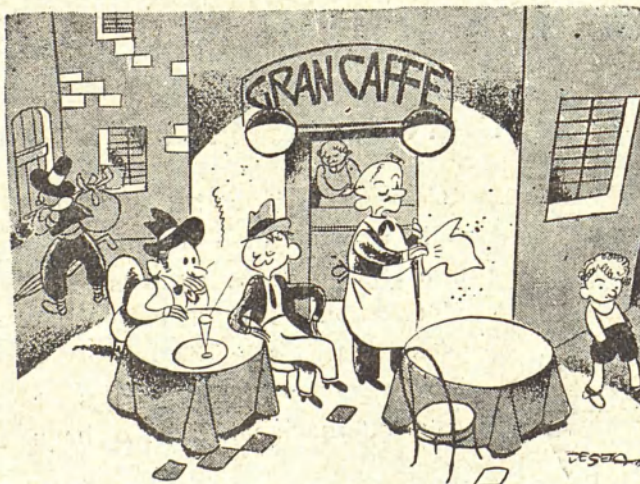
Ricardo (Pamplona).

Los versitos de Ricardo no le acreditan de bardo.

M. L. P. (San Sebastián).—Mande el abstruso e indescifrable amigo lo que quiera. Si está bien, gozará del honor de tenerlo en la publicación. Y si no lo está, sumiráse en los cavernosos, paleolíticos y abismáticos arcanos de la pirandélica «Cestona». No podemos ser más «úctides», ni más propicios, ni más sugerentes. Alah es Alah, y Mahoma su concreción tangible y mueble... Expresiones a los amigos y bofetadas a los enemigos, ¡y que ande el movimiento y se esparza el humorismo!

Domingo (Habana).

Por la gloria de Maceo le juro que eso es muy feo.



—¿Qué tal te va?

—Estupendamente: por la mañana, hay un señor que da un duro por repartir prospectos y por la tarde el Ayuntamiento me da otro por recogerlos...

(De *Il Travasso della Idee*.)

La CREMA LIDA reconstituyente es el único preparado eficaz para conservar la belleza de la mujer.

Sus propiedades maravillosas la hacen insustituible en todo tocador elegante.



Nada tan práctico en la vida veraniega para preservar el cutis de todo peligro como la maravillosa crema reconstituyente LIDA, que limpia el rostro de toda impureza, a la vez que blanquea y suaviza la piel.

CREMALIDA

Depositario: URQUIOLA Mayor, 1. — Madrid

BUEN HUMOR



EL.—De manera que me encuentra bien para mi edad.

ELLA.—Sí, señor; lo que no le encuentro bien es para la mía.

Dib. BERNAD. París.

Ayuntamiento de Madrid